

UNA TIERRA



UN HOMBRE

GALICIA Y CASTELAO

José Monleón

DESPUES de la conferencia, nos reunimos un buen montón de personas para hablar de teatro. Era en Santiago, y al poco rato andábamos ya a vueltas con los temas de un posible teatro gallego. «Aquí poetas, todos los que se quieren y excelentes, pero en teatro sólo tenemos "Los viejos no deben de enamorarse", de Castelao». El debate se prolongaba, veinticuatro horas después, en La Coruña, con personas muy iguales a las que había conocido en Santiago. «No sabemos hablar gallego o, en todo caso, nuestro medio habitual de expresión es el castellano. Sin embargo, todo nuestro campesinado se expresa en gallego y ese es el idioma que hemos de utilizar para entendernos con él. Nos preguntamos, dado que exista una coherencia entre la musicalidad, el vocabulario y la construcción de un idioma y las características de las gentes y del paisaje donde ese idioma se hace, si nuestro tardío aprendizaje del gallego tendrá el valor de un alumbramiento personal, del descubrimiento de la lengua que corresponde a nuestro modo de ser». En las dos reuniones se planteaba la misma cuestión. En los dos lugares se señalaba la duplicidad de lenguajes —que no es lo mismo que el bilingüismo—, uno, burgués, oficial, correspondiente a las mayores ciudades de Galicia, indefectiblemente utilizado por las clases medias y, sobre todo, literalmente acatado por los que procedían de las clases humildes y habían conseguido subir unos escalones, el castellano; otro, popular, sumergido en la vida de las aldeas, hablado por los campesinos, el gallego. Un campesinado que se había acostumbrado a disponer de un lenguaje con el que entenderse entre sí, y otro, vagamente autoritario, que era el de

las películas, la televisión, los papeles del Ayuntamiento y algún que otro libro o periódico que caía por allí.

Hacer un teatro en gallego no era, pues, solamente hablarle «al vulgo» en su idioma, era romper esa dicotomía que hace imposible la comunicación artística. ¿Porque cómo puede haber arte verdadero, comunicación creadora, si se emplea un lenguaje distinto al que sirve para la vida real? ¿Qué afectación automática no surge de la duplicidad entre una lengua para vivir y otra para hablar con los señores de la ciudad?

El tema, tantas veces debatido, del «teatro popular» y de lo sospechosas que resultan las propuestas que con este nombre se hacen desde un nivel de vida y de cultura para los que poseen otro nivel de vida y de cultura, adquirida en Galicia una particular nitidez, en razón a que a cada uno de esos niveles correspondía un lenguaje, un idioma verbal distinto. ¿Cómo yo, habitante de Santiago o La Coruña, universitario, castellano parlante, podría acercarme a una colectividad popular de la que me eran ajenas —por mucho que me interesaran— no sólo sus vivencias, sino incluso sus palabras? ¿Qué puntos de contacto podríamos establecer, pese a nuestra diversidad de vida, diversidad de idioma, diversidad de clase? ¿Y no gravitaban una serie de imperativos que hacían necesario intentar esta comunicación?

Todas estas preguntas son las que me impulsaron a ir a Rianxo y escribir unos folios sobre Castelao.

EL PORQUE DE UN SILENCIO

Jesús Alonso Montero, catedrático

co en el Instituto de Lugo, empieza así su prólogo a la edición gallega de «Retrincos», cinco relatos breves de Castelao: «Ningún o discute: os dous grandes escritores galegos son Rosalla e Castelao. D'aquela os galegos mozos solen ter unha idea; de Castelao, pouco mais que o nome» («Ninguno lo discute: los dos grandes escritores gallegos son Rosalla y Castelao. De aquella, los gallegos mozos suelen tener una idea; de Castelao, poco más que el nombre»).

Si este es el juicio de Alonso Montero sobre el conocimiento de Castelao en Galicia, imaginemos lo que habría que decir respecto de su conocimiento en el resto de la Península. Aunque —el prólogo en cuestión está fechado en 1961— también será justo señalar que la perspectiva se ha modificado algo en la última década y que no sólo en Galicia han aumentado las ediciones de sus textos y dibujos —exceptuando todo aquello que, por razones políticas, es ineditable—, sino que en Madrid se han publicado las versiones castellanas de *Cousas* («Cosas») y de *Os vellos non deben de namorarse* («Los viejos no deben de enamorarse»), en Alianza Editorial y «Primer Acto», respectivamente.

Las razones de este largo silencio en torno a Castelao han sido sustancialmente políticas. Castelao fue una figura fundamental del Partido Galleguista (el término nacionalista parecía anacrónico a sus componentes; concebían España como una Federación que respetara, a través de los consiguientes estatutos e instituciones, las particularidades socioculturales de los distintos miembros componentes), se comprometió activamente con la parte que perdió la guerra civil, publicó durante y después de la

misma agresivos textos y dibujos contra sus adversarios, llegó incluso a ministro dentro del Gobierno de la República en el exilio, y murió en Buenos Aires, siempre combativo, el 7 de enero de 1950.

Son obvias la dificultad y complejidad de aproximación a un personaje de estas características si pensamos que a su dimensión militante —la más espectacular— se unen otras dimensiones de orden artístico ligadas a su capacidad de iluminación de los modos de ser y vivir de una comunidad. Tendríamos, por decirlo de otro modo, un Castelao político, un Castelao creador de un lenguaje —el mejor prosista gallego, además de un excelente dibujante— y un Castelao empeñado en la crónica de la vida popular gallega. Tres dimensiones que, como es lógico, no aparecen disociadas entre sí, pero que son perfectamente diferenciables, aparte de que la vida y la obra de un hombre no se hacen de una vez y la imagen de Castelao va levantándose a través de una serie de textos, de dibujos y de circunstancias históricas de distinto acento.

El caso es que Castelao está ahí y parece que es más que hora de sacarlo, siquiera con timidez y a escala española, de las brumas del silencio e intentar una aproximación objetiva y desapasionada a su personalidad y a su obra. El hecho de que yo no sea gallego sino un mediterráneo que vive en Madrid, y que conozca directamente sólo una parte de la obra de Castelao —teniendo noticia e información de la restante— no sé si es bueno o malo para este trabajo. Ya una vez me atreví a escribir sobre Rosalla y su poesía de la emigración en estas mismas páginas de TRIUNFO y la reflexión no pareció mal a quienes tenían derecho a recha-

zarla. Ahora, con estas líneas sobre Castelao y la reproducción fragmentaria de algunos de sus textos y dibujos, sólo intento, desde una revista de información general, contribuir a que el escritor gallego sea correctamente conocido y situado.

Por lo demás, el silencio ha beneficiado a Castelao en un punto: hasta ahora, al menos, no es una imagen estereotipada. No está sepultado por las frases hechas, por las exaltaciones académicas o terneristas. Entre él y nosotros no existe, según costumbre, esa domesticada imagen mediadora, que suplanta tantas veces a la verdad. Es aún una realidad abierta, algo que está por conocer y descubrir, algo que aún no ha sido clasificado. Tiempos vendrán en que la mitificación echará a perder esta libertad de conocimiento y de juicio; pero también en esos tiempos habrá quienes se negarán a aceptar el mito, o a perder el tiempo destruyendo el mito, o a teorizar sobre la eficacia o ineficacia del mito, y se propondrán acarcarse a Castelao —o a cualquier otro— con la libertad, ahora inevitable, de que disponemos. Y cuando hablo de libertad me refiero, naturalmente, a la libertad de juicio.

Rianxo, en castellano Rianjo. A unos sesenta kilómetros de Santiago en la dirección de Pontevedra. Relativamente cerca de Padrón, donde está la última casa de Rosalía. Cerca también de Caramiñal y los lugares de Valle-Inclán. Rianxo está en los bordes de la ría de Arosa, la más hermosa de las rías gallegas. El mismísimo De Gaulle eligió estos parajes para su viaje crepuscular —Cambados—, algo así como para su penúltimo viaje, de ese que aún se vuelve.

Aquí, en Rianxo, nació Castelao el 30 de enero de 1886. Sus padres querían que se llamara Daniel —y así le llamaron en el seno familiar—, pero el párroco, un tal Ma-

gariños, le impuso el nombre de Alfonso, en homenaje a la Casa Real. Aquí está la vieja iglesia del acontecimiento, frente a la plaza dominada por un típico crucero y esquinada por las ruinas del que fuera un importante palacio. Un palacio —según me cuentan— que Castelao mostraba a los amigos que iban a Rianxo a visitarle.

La casa donde nació el escritor ya no existe. En su solar se levantaron, hace ya muchos años, otras dos. En cambio, la que se mantiene en pie y bien conservada, con toda la fachada pintada de blanco, es la casa donde se instaló la familia a la vuelta de la casi inexcusable experiencia emigratoria. El padre, patrón de pesca, Mariano Rodríguez, se marchó a la Argentina y

puso un negocio que, poco a poco, fue para arriba. En el momento justo, mandó el dinero de los billetes a Rianxo, para que su mujer, Joaquina Castelao y su hijo Alfonso —Daniel para la familia— se reunieran con él. Corría el año de 1896 y Mariano Rodríguez —desde su nueva prosperidad, don Mariano— se había asentado en la Pampa, en el lugar llamado «La cruz colorada», de la demarcación de Bernasconi...

«Tenía yo once años cuando mi padre, que estaba en Argentina, nos llamó junto a él; y allí nos fuimos embarcados, mi madre y yo en un barco alemán. Y nada más llegar a Buenos Aires cogimos un tren que corría mucho y luego otro tren que corría poco y después un coche de caballos que nos llevó dando

tumbos por el desierto de la Pampa. En aquella soledad levantó mi padre una casa para hacerse rico, pensando siempre en la tierra nativa; y era preciso cerrar los ojos al sucio trabajo en espera del retorno feliz».

Cuatro años duró aquello, pasados los cuales, Josefina Castelao, que había tenido dos nuevas hijas y con Alfonso a Rianxo, mientras el cabeza de familia liquidaba sin prisas y en buenas condiciones su duro negocio de compraventa.

La casa donde se instalaron los recién llegados es, como cumple a la familia de un emigrante al que le han ido bien las cosas, hermosa y desahogada. Cuando bajamos del coche y preguntamos a una muchacha que cruza la plaza de Rianxo por la casa de Castelao es a ésta a la que nos conduce. La puerta de la entrada está entreabierta...

Ezequiel Méndez, el santiagués que me acompaña, es el que da las voces que nos abren paso, junto a unos versos que, desde la pared, piden paz y respeto en lengua gallega. Teresa y Josefina, las dos hermanas de Castelao —cosas de los pueblos, de los curas y de los escritores: lo «lógico» es que nuestro hombre se llamara Daniel Rodríguez y no Castelao como se le llama— nos reciben con desbordante cordialidad. Son, según parece, las dos únicas habitantes de la casa, y sus respectivas personalidades están fuertemente contrastadas. La una, más habladora, se sabe de memoria textos y cartas de su hermano; es la mayor y podría ser el «cicerone» ideal y perfecto de un museo dedicado a Castelao. La otra hermana, en cambio, es más silenciosa y tiene, pese a su sonrisa y a su afabilidad, un aire entre lejano y dolorido. Subimos al primer piso, donde está el comedor que da a los miradores de la calle. Fotografías y dibujos de Castelao. Entre las primeras,



La casa de la familia, en Rianxo. Aquí viven sus hermanas.

ANTOLOGIA DE CASTELAO

Selección y traducción de X. ALONSO MONTERO

● TEORIA Y CRITICA DE ARTE

Arte gallego

El arte gallego no es, no, hacer cosas de asunto gallego. En Alemania se estrenó, ya hace años, una ópera que se llamaba «Rosa de Pontevedra»; pero la ópera, ¡no hay vuelta que darle!, era alemana. Sorolla puede ir al Japón a pintar una escena del Yoshiwara; pero lo que pinte Sorolla no sería, ¡qué va a ser!, pin-

tura japonesa. Para que haya pintura gallega —que aún no la hay— es preciso pintar en gallego. [...]

Cubismo. Braque. Picasso.

Es preciso que digamos algo de Braque y de Picasso por ser los padres del cubismo. [...]

La obra de Braque es un «objeto» creado por la fuerza de la emoción que le dio nacimiento; es el fruto de una

emoción creada sin objeto ni fin, ni voluntad de hacerla; es, al mismo tiempo, un fenómeno que no se relaciona con nada más que su propia sensibilidad. Al igual que un fraile enclaustrado en su celda crea con amor sus obras para mayor gloria de su sensibilidad, pudiendo decir que en él la inspiración y la expresión son simultáneas. [...]

Picasso sigue evolucionando; tiene una extraordinaria virtuosidad; él ignora todo y asimila todo; es el «tout savoir sans avoir appris». El alma de Picasso progresa sin ningún fin determinado, dejando que el hado opere sobre él sin solicitarlo.

Picasso llega a París muy joven y debuta con una exposición en la casa Vollard, en

el año 1901, imitando a Steinlen. De Steinlen pasó a Lautrec, y en este segundo período apareció la fauna de «clowns», arlequines, siempre más divertidos de color que significativos. Después de un viaje por España volvió cargado de retratos y de fotografías de los «inauditos» cuadros del Greco, y bajo la influencia de este maestro inaugura el «período azul»; es el período de las parejas hambrientas delante de un vaso de ajeno. Después aparece el «período rojo» donde su virtuosismo ensaya lo imposible, y en este mismo momento fue cuando Picasso, percatándose de la escultura «negra», se lanzó a la imitación del arte exótico de África y de Oceanía; los cuadros,

los cubos, los triángulos, le fueron revelados por aquella extraña figura africana. Él ignora totalmente la geometría, pero más fuerte que Pascal, la asimila enteramente, y al día siguiente inaugura el «período negro».

Los «amateurs» quedan paralizados por la sorpresa y, antes de volver en sí, Picasso les suelta el «período cubista». [...]

Ahora Picasso imita a Ingres. ¡Hombre interesante! Picasso rehúsa el sentido común dejándose guiar por el genio absurdo... El fondo del alma de Picasso está formado por la incertidumbre, y eso es justamente el alimento de su imaginación, la causa principal de la renovación casi cotidiana de su obra.

CASTELAO

hay dos melancólicamente colocadas sobre el implacable y antiguo reloj de pared. Entre los segundos, domina una especie de tríptico, colocado encima del diván donde debe ser costumbre que se sienten las visitas. Su tema es un día de fiesta, con mañana religiosa, tarde de jolgorio popular y noche de resaca al relente. Los dibujos tienen ese inconfundible tono irónico de Castelao —que otras veces será trágico— que trasciende cualquier naturalismo sin meterse por ello en hermetismos. Es una interpretación humanizada, de fuertes colores, quizá mesuradamente crítica —uno de los signos de cierta trivialidad contemporánea quizá esté en nuestra necesidad de gesticulaciones extremas, de estereotipos externos radicales, en vez de buscar y contrastar esa radicalidad en la profundidad y la cotidianidad de uno mismo, en la palabra y el gesto que nos contienen e incluso nos destrozan y no en los que nos desbordan y nos ocultan; digo yo si andarán por medio las patologías de una dicotomía entre la vida y la teoría moral, que las gentes como Castelao, dueñas de sí mismas y coherentes sin exhibición, no han tenido nunca—, que deja totalmente abierta la creación y proyección de quienes contemplan los dibujos. Las dos hermanas se sientan, a petición nuestra, en el diván «de las visitas» para hacerles una fotografía. Seguimos hablando para que la foto «salga más natural» y lo cierto es que tanto Josefina como Teresa parecen olvidarse del fotógrafo, muy puestas en la situación que se les pide.

Viene una muchacha joven solicitando unas arras. Me explican que medio pueblo se ha casado con ellas y que es normal que la novia vaya el día antes a pedir a las hermanas de Castelao la bolsa con las viejas monedas. Sale a relucir el pleito de una aldea cer-

cana con su nuevo párroco, impuesto en sustitución y castigo de otro antiguo, que hacía intervenir a un coro de muchachos en el servicio de difuntos y les entregaba la pequeña cantidad que recibía. Me hablan de la solidaridad y la decisión de los aldeanos de aquel lugar, de los subterfugios de que se valen para celebrar o recibir sacramentos en otras parroquias, del dinero que han ahorrado para mandar a Roma un emisario en vista de que Santiago no les resuelve la papeleta, de la soledad absoluta y radical del nuevo párroco... Es, como tantas cosas gallegas, una historia a la vez vieja y muy nueva. Una mezcla de sentimientos oscuros, de ideas anacrónicas y de actitudes casi dialécticas. Toda la mecánica de la solidaridad entre los que se consideran ofendidos se ha puesto en

marcha, saltando por encima de las consabidas llamadas al orden establecido, a fin de recobrar al antiguo sacerdote, con sus tasas reducidas y sus coros del servicio de difuntos.

Teresa me habla de la vida familiar de su hermano. Cuando regresó a Rianxo tenía ya catorce años y aún no se sabía —después de probar en el negocio paterno de la Pampa, a la hora de ponerse detrás del mostrador, su escasa disposición mercantil— cuál iba a ser su destino. Se matricula libre en el Instituto de Santiago y estudia en Rianxo. A los dos años es ya bachiller y se matricula en la Facultad de Medicina, en la Fonseca de la canción que Castelao, en sus tiempos de «tuno» universitario, cantará a buen seguro más de una vez.

Me enseñan, con cierta devo-

ción, la que fue habitación del joven Castelao. Es pequeña, estrecha y contigua al comedor. Debían haber, y muy justos, una cama, un armario y la mesa donde dibujaba y escribía. Allí están, en un rincón, los volúmenes que contienen los ejemplares de «El barbero municipal», semanario «conservador» según rezaba el subtítulo, desde el que disparaban contra los caciques de la época. Lo fundaron, en 1909, Castelao, don José Arcos, don Ramón Rey y don Eduardo Dieste y aguantó hasta 1914. 1909 fue también el año en que acabó la carrera de Medicina y presentó su primer óleo en la Exposición Regional celebrada en Santiago; por entonces, hacía ya las portadas para la revista viguesa «Vida gallega»...

Rianxo —2.000 habitantes en el censo de la época— fue el ámbito familiar, la «casa» de Castelao has-



Rianxo. Pueblo mariner, a dos pasos de las tierras de Valle y Rosalía.

Humorismo

Permitidme que repita lo que dije hace ya años: Un hórreo que por sus rendijas muestre solamente el cielo dice mucho más del hambre de un año que un «artículo de fondos».

Por lo que he dicho, parece que yo no soy amigo de reír, y equivocado estará quien piense tal cosa. Yo bien quisiera que mi ente riese con la risa de los niños, de los buenos, de los sanos y de los felices, pero como humorista gallego, honda y sinceramente gallego, tengo que ahogar mis risas delante de una verdad que llora. [...]

Mi galleguismo me está diciéndome siempre al oído: «Tú, que podías reír, muerde...».

● CUESTIONES GENERALES

Cuatro personalidades, Pablo Iglesias, Unamuno, Manuel Azaña, Stalin

La posición doctrinal de nuestro inolvidable Quintanilla —tan buen gallego como buen marxista— prueba que las aspiraciones máximas de Galicia caben holgadamente dentro de la ortodoxia socialista y de la disciplina del gran partido obrero que fundó Pablo Iglesias...

Unamuno se levantó en las Cortes Constituyentes para imponernos el deber y el derecho de hablar castellano —la lengua oficial de la República—, recalando que a nadie se le pudiese exigir el uso de ninguna lengua regional. Y para probarnos que era muy

comprensivo, pronunció estas palabras: «Toda persecución a una lengua es un acto impío e impatriota». Pero, ¿no es impío e impatriota el consentir que los maestros en Galicia hablen una lengua diferente a la de sus alumnos, o que un testigo tenga que modelar su pensamiento en castellano para hacerse entender por un juez forastero?»

En el discurso de Azaña en favor de los Estatutos autonomistas dejó incrustada una pequeña frase, marca de su orgullo de castellano. Dijo que Castilla no necesitaba Estatuto, porque tenía que hablar en nombre de todos. ¡Grave declaración, en verdad!

Es necesario decir que apelo a Stalin no por sentirme inclinado a la organización in-

ternacional que él dirige (yo vivo en latitudes muy distantes del comunismo), sino porque en el problema de las nacionalidades abraza con decisión el ideal patriótico de la libertad. Apelo a él porque reconoce el derecho de las nacionalidades dentro de una unión de Estado y da solución justa al problema que plantean los pueblos diferentes que no renuncian a la idea de una unidad superior. Pero sobre todo, apelo a este hombre porque no es un simple teorizante, ya que sostiene el último y más racional tipo de federalismo.

Socialización:
Galicia-Extremadura

Estoy en un inmenso país de latifundios poblado por

gentes muy ricas y gentes muy pobres.

Los ricos comen cerdo y tienen cara de ictericia. En el invierno dormitan al lado del brasero y en el verano duermen de día y velan de noche. Reparten limosnas de dos céntimos y consideran las chinches como una plaga inevitable. Tienen administradores y creen que Gil Robles es un revolucionario.

Los pobres se alimentan de sol en el invierno y ahorran energías apoyándose en las paredes calefías. Cuando llegan los meses de calor se ponen a engullir bocanadas de viento en las calles sombrías. Están desnutridos y perdieron el apetito. Si alguna vez trabajan les da estallidos el espinazo.

ta 1916. En el 12 se casaba con Virginia Pereira y abría su consultorio médico en la misma Rianxo, que abandonaría —Castelao afirmaba humorísticamente «que había estudiado la carrera de Medicina por amor a su padre y la había abandonado por amor a la humanidad»— al ganar unas oposiciones para el Cuerpo Técnico del Instituto Geográfico y Estadístico. Le destinaron a Pontevedra, donde dos años después obtendría, por concurso, el cargo de profesor auxiliar de Dibujo en el Instituto de segunda enseñanza.

La vida de Castelao, aunque jamás se desvincularía, ni emocional ni ideológicamente de Rianxo y de las significaciones de su paisaje y su paisanaje, entraría en una nueva etapa, cada vez más creadora, más resonante, más ligada a los problemas generales de España y de Galicia. Una vida cuyos ecos asoman en las fotos y dibujos distribuidos por las paredes de esta casa de su juventud, en la colección de mosaicos que bordea la escalera con dibujos salidos de su mano, en los volúmenes que conservan sus hermanas, en la habitación alta, una habitación espaciosa y clara donde las hermanas han iniciado el embrión de un posible museo. Allí está el gran óleo de tema marinerío; allí están los bustos de Castelao, a uno de los cuales, de tono «belle époque», pintado de gris perla, le han puesto las hermanas, en un raptó de ese sentimiento gallego que trasciende y excede el naturalismo en los cruceros a fuerza de parciales detalles de una precisión gruesa y absoluta, unas gafas que pertenecieron realmente al escritor; allí está, bajo el tapeto bordeado de puntillas, tan abundante en las casas de nuestros padres, la fotografía de su único hijo, muerto, con agonía paterna, en 1928 —me acuerdo del hijo de



Con sus padres y hermanos.

Valle-Inclán, aquel que, por morir niño, fue enterrado bajo el techo de la vieja Iglesia del cementerio de Cambados; me acuerdo también de lo que se tiene escrito acerca del dolor de don Ramón, casi igual a lo que ahora he leído del asombroso silencio de Castelao, ocupado durante un año por la muerte de su hijo— en Pontevedra; allí hay una blanca bandera, cruzada por la franja azul y presidida por el escudo gallego; pero, sobre todo, allí están los dos ventanales que dan a la ría de Arosa.

—En la escritura de las casas que hay junto a la nuestra figura una cláusula que prohíbe que sean más altas y dejen sin vistas a esta habitación.

Me lo dice una de las dos hermanas, la habladora, mientras la ría entra a empujones por las ventanas. Sobre la mesa hay manuscritos y dibujos de Castelao. Me recitan fragmentos de sus cartas. Me hablan de la generosidad y del cariño del hermano muerto en el destierro, de la ocupación definitiva de sus bienes por los Tribunales de los años cuarenta.

El aire es fino, como si soplara de dentro afuera de uno. El puerto es de una nitidez y una precisión absolutas, recortado sobre los verdes, grises y azules de la ría. Contemplado el pueblo desde el extremo más avanzado del puerto, adquiere una expresiva definición

marinera. Todo él, situado sobre una muy suave pendiente, abierta a la ría, parece hecho para pescadores, para los nuevos Mariano Rodríguez, no sé si a la espera o a la vuelta de una emigración. El silencio, casi absoluto, sólo queda roto por los chillidos de las abundantes gaviotas. Me acuerdo de pronto de «Los pájaros», de Hitchcock, esa sugestiva alegoría.

LOS PASOS DE UN DIPUTADO

En el año 12, además de casarse y abrir clínica en Rianxo, Castelao había presentado su óleo «Los ciegos» en la Exposición Nacional, valiéndole el tríptico la segunda medalla y quizá el contrato de colaboración que firmó con «El Liberal», de Madrid. Fue también en el 12 cuando Castelao se adhirió al movimiento agrario llamado de Acción Gallega, como lo hicieron otros escritores e intelectuales del país. El movimiento, sin contenido ideológico preciso, bastante ambiguo y sustancialmente emotivo, sirvió, al decir de algún historiador, para «despertar en los labriegos la conciencia de que constituían una fuerza y de que sus problemas debían ser tenidos en cuenta por los políticos».

Estaban, pues, trazadas las bases de su personalidad. De un lado teníamos a un hombre enraiza-

do en Galicia, un hombre cuya actividad cultural se planteaba al margen de esa «absorción madrileña» que caracterizó a los escritores del 98, y, muy concretamente, al gallego Valle-Inclán; de otra, se trataba de un artista a quien no ahogaba ningún tipo de localismo y que conseguía, mediante la sensible interpretación y profundización de las «cosas» gallegas, alcanzar la universalidad. En Madrid concretamente, fue pronto celebrado y conocido. Desde «El Sol» —donde publicaba regularmente uno o dos dibujos por semana— le propusieron que compartiese con Bagaría la crítica de la actualidad política. Dicen que



Castelao de niño.

ANTOLOGÍA DE CASTELAO

La tierra es fértil y produce, sin esfuerzo, todo cuanto se le pida, pero esta tierra está en poder de los ricos porque los pobres no tienen aliento para regir propiedades.

El país tuvo alguna conciencia de su personalidad, pero se dejó decapitar por la frontera portuguesa y el inmenso cuerpo extremeño fue asimilado por los países vecinos.

Si yo fuese natural de este país y sintiese ansias de ayudar a reivindicarlo no me quedaría más que un recurso: ser socialista.

Mi tierra es un país de minifundios poblado por gentes

algo ricas y por gentes bastante pobres o pobres de todo.

Los ricos comen y beben abundantemente para morir de apoplejía. Duermen poco cavilando en el dinero que han prestado con intereses o en el pleito que le van a poner a cualquier vecino. Hacen caridades con palabras tan bonitas como estas: «Que Dios lo ampare». Sueñan con mandar y se hacen caciques o amigos de quien tiene el poder en las manos. Administran los bienes propios y, cuando pueden, aún pretenden administrar los bienes ajenos.

Los pobres comen lo que tie-

nen y si lo tienen. Están desnutridos, pero jamás pierden el apetito. Cuando su tierra no les da para vivir cogen un hatillo de ropa y se van por el mundo a buscar trabajo. Son dueños de un pedacito de propiedad y viven esclavizados por el fisco y estrujados por el cacique. También van al mar y arriesgan la vida por un trozo de pan. Trabajan de sol a sol o de estrella a estrella, porque nadie les paga el jornal que necesitan para vivir y tienen que arrancarlo, ellos mismos, de la tierra o del mar.

El campo es cumplidor y no se cansa de pagar lo que debe, pero reclama sudores y lágrimas. La tierra gallega está hecha añicos por el amor y el deseo de sus hijos. El mar

es loco, veleidoso como una baraja.

El país mantiene palpitante su personalidad nacional, pero carece de coraje para defenderla porque la frontera portuguesa le cortó el brazo fuerte que antes tenía. El pueblo habla una lengua ilustre y posee una cultura en floración permanente. Siente la necesidad de leyes propias para resolver sus problemas genuinos.

Mi tierra cuenta, por ventura, con un partido político que se afina en los postulados democráticos de la Constitución republicana, capaz de remediar la miseria moral y material de nuestros hermanos, y a este partido pertenezco y perteneceré mientras viva.

Siendo gallego no debo ser más que galleguista. [...]

En el viaje de ayer pasé al lado de un cortijo amparado por un solo eucalipto que hace de pararrayos barato. Y mi acompañante me contó la siguiente anécdota:

—A este cortijo llegó un día el viejo Maura. El dueño de la finca se jactó de tener las mejores instalaciones del país. «Aquí duermen los cerdos». «Aquí paren las cerdas», decía el terrateniente. Todo allí estaba limpio, claro, reluciente. Y llegaron a una cuadra inmundicia, llena de paja y de sacos viejos. «¿Qué es esto?», preguntó don Antonio Maura. «Este es el lugar donde duermen los gañanes», le respondió el dueño de la finca. Entonces Maura le dijo este avi-

GALICIA

J. M. BEIRAS

contestó, más o menos, en estos términos:

—Más me interesa pillar los gestos y las palabras de un labrador de mi tierra que ridiculizar las ilustres tonterías que suelta el marqués de Alhucemas o hacer burla de la sorna del conde de Romanones.

Es importante tener esto en cuenta para comprender la significación y la poética de Castelao. Por más que su cultura ponga cierta distancia entre él y la materia social de su arte —a Castelao según veremos en el segundo trabajo, la «imitación de la Na-



De tuno compostelano.

una frustración social prematura, éxodo plurisecular, raquitismo burgués, condición de finis-terre, insolidaridad institucional, colonización financiera: he aquí tal vez, apretadas a modo de epigrama —con «punta» final inclusiva— las claves del actual atraso de Galicia.

Al conocedor de la literatura económica al uso referida a esta lejana esquina peninsular le parecerá, a buen seguro, que estas claves son, por junto, demasiado sibilinas y demasiado poco ceñidas a una temática económica estricta. El ruralismo, el minifundio, los foros, la inhibición empresarial, el individualismo, el caos ganadero, la ignorancia, la usura, las vías de penetración y tantos otros fenómenos, más explícitamente significativos a primera vista, que podrían enunciarse en letanía interminable, apenas se columbran tras las claves reseñadas.

Pero nada hay de extraño en ello. Esos fenómenos configuran el atraso de Galicia, mas no lo explican. Ni la decrepitud agraria, ni la escasa iniciativa empresarial, ni el vacío de comunicaciones son otra cosa que manifestaciones sintomáticas del atraso gallego. No son, en modo alguno, sus causas generatrices. Ni siquiera sus obstáculos más radicales. Quizá por ello ni la concentración parcelaria, ni los polos industriales, ni la acción concertada ganadera, ni la famosa vía de

acceso —o de «desacceso», como ironizan algunos paisanos— han sido ni serán remedios eficaces. Son únicamente paliativos. Y puedo asegurar al lector que la magnitud del atraso gallego plantea la exigencia de tratamientos más radicales, remedios que actúen en el sustrato de los fenómenos manifestados, que operen sobre esas claves de nuestra patología socio-económica, que es ciertamente paradigmática. No todas ellas constituyen en sí mismas realidades del presente, pero todas, incluso las que son historia en cierto modo remota, perviven como agentes conformadores de problemas pertinazmente vivos y resistentes a la erosión del tiempo, aunque la fronda de ramificaciones actuales muestre una textura muy modificada en apariencia.

Tomemos la primera de esas claves. Parecen agua pasada, y de antiguo, las convulsiones de la sociedad gallega en el último tercio del siglo XV, tan magistralmente mostradas en el libro de López Ferreiro que se acaba de reeditar. Diríase que cuatrocientos años debieran haber disipado el turbión desencadenado por los Irmandiños y que aquella proto-revolución social abortada —la primera gran rebelión popular de la España moderna frente a las estructuras feudales de poder— no debiera representar hoy otra cosa que tema de erudición historiográfica. En todo caso, traerlo a colección así, de entrada, en

unas breves notas sobre la economía gallega actual en un diario de 1970, semeja sacar de quicio las cosas y, no obstante, las cuatro quintas partes de la sociedad gallega actual viven, a grosso modo, ancladas en la desolada etapa abierta por aquella frustración social prematura. No obstante —insisto, es fácil probarlo— aquella hecatombe colectiva tiene bastante que ver, y de manera inmediata pese al tiempo, con fenómenos decisivos en la realidad gallega contemporánea, como son la una, conciencia social a la altura de nuestra sazón, y la otra, de un mínimo sentimiento de dignidad colectiva indispensable para el desarrollo de esta comunidad humana de menos de tres millones de seres. Pero no por ello es menos cierto que estos graves obstáculos al desarrollo están vigentes porque el país gallego no pudo o no supo recuperarse de aquella desfelta, en otras palabras, porque continúa vigente esa frustración misma.

Galicia es, sin lugar a dudas, un país desmoralizado, una colectividad que se desmorona, una sociedad que se disgrega en un proceso de ruina para el que no se divisa el punto de inflexión que todos anhelamos, porque esa ruina alcanza la propia estructura demográfica, atrapada en un proceso de crecimiento acelerado que seguramente dará al traste con la energía humana sin la que cualquier de-

so a modo de consejo: «Pues... procure que no despierten».

El consejo de Maura no lo dejó entrar en la mollera de los terratenientes extremeños. [...]

● TEMÁTICA Y PROBLEMÁTICA GALEGAS

Economía

Puede decirse que Galicia es un país precapitalista, poblado por trabajadores que viven de un mísero jornal que ellos mismos sacan de la tierra o del mar; sin industrias suficientes para absorber el excedente de población campesina y marinera; con un «paro forzoso» y con un «déficit» pecuniario constante, que se resuelve pacíficamente por medio de la emigración. En fin,

Galicia tiene una vida diferenciada dentro de España, con una morfología social y económica tan peculiares que, por plantear problemas minoritarios, queda siempre al margen de la Ley general del Estado y de las preocupaciones generales que la lucha de clases plantea en el mundo capitalista.

España, en general, es un país de latifundios; Galicia es de minifundios. La solución del problema de la tierra en España está en el colectivismo; en Galicia está en el cooperativismo. El país que a España le interesa como modelo, quizá sea Rusia. A Galicia quizá sea Dinamarca.

Emigración

Creemos que la emigración

gallega no se ajusta fácilmente a las interpretaciones materialistas, aunque las necesidades económicas nos empujen una y otra vez a buscar tierras de mejor vivir. En la voluntad de ciertos emigrantes hay motores más fuertes que la pobreza, como en la voluntad de los hombres sedentarios hay sentimientos que matan el hambre...

Ahora cabe bien aquí la impresión que me dejaron los emigrantes gallegos que he tratado. Conservo en mi mano derecha el apretón de miles de manos gallegas, endurecidas por el trabajo y muchas reblandecidas por la holganza miserable. He visto el triunfo y la derrota de muchos gallegos, pero nunca vi su felicidad. Mi mano se entregó a los fo-

goneros, peones, taberneros, obreros y lavaplatos de Nueva York; a los marineros de Filadelfia y de Boston; a los obreros de Chicago, de Detroit y de Lackawanna; a los mineros de West Virginia, a los artesanos y camareros de San Francisco; a los tabaqueros, empleados y demás trabajadores de La Habana; a los cafeteros de Guantánamo y Mayarí; a los carboneros y comerciantes de Morón y Esmeralda; en fin, a los gallegos que viven, trabajan o huelgan en todos los lugares de Cuba y en los centros fabriles de Norteamérica. Creo que vi a todos y que apreté sus manos. Podría, pues, formular una sentencia basada en buenas razones, pero me reservo para cuando conozca a los gallegos

de la Argentina y del Uruguay, pues la emigración gallega constituye una parte de nuestro problema económico-social, quizá el más agrio, y no sería cuerdo que nos limitásemos a cantar o llorar como poetas judíos, porque aún tenemos territorio e impulsos para buscar la felicidad en los lares nativos.

Galleguismos

Creemos que el separatismo es una idea anacrónica y solamente lo disculpamos como un sentimiento de desesperación que jamás quisiéramos sentir. Esto significa que los defensores de la posición maximalista de Galicia no intentamos romper la solidaridad de los pueblos españoles —reforzada por una con-

turaliza» le parece un camino artístico harto limitado y discutible—, entre su sensibilidad crítica y la inmediatez de la imaginaria popular, Castelao será siempre un hombre profundamente metido en el mundo gallego. El cuadro general de sus obras y dibujos, sea cual sea su grado de compromiso, se asentará en ese entronque, al que deberá, sobre todas las cosas, la coherencia de su sensibilidad y de su obra.

Desde el 16 en que se establece en Pontevedra, su actividad será incesante. En el 19 expone en Galicia, y luego en Madrid, los dibujos de su álbum «Nos»; en el 21 realiza un viaje de estudio por Francia, Países Bajos y Alemania; en el 25 interviene en la fundación de la Coral Polifónica de Pontevedra; en el 26 publica el primer volumen de «Cosas» y es nom-

brado miembro de número de la Academia Gallega; en el 27 se funda el Museo de Pontevedra, de cuyo Patronato forma parte; en el 29 recorre a pie algunas comarcas de la Bretaña francesa para estudiar los cruceros; pronuncia un discurso en el García Barbón de Vigo y publica su segundo volumen de «Cosas»; en el 30 publica el libro «Las cruces de piedra en la Bretaña» e ingresa en el Seminario de Estudios Gallegos; en el 31 publica su álbum «Nos» y su obra «Cincuenta hombres por diez reales»...

En el año 31, con la llegada de la segunda República, se crea el Partido Galleguista, del cual es elegido consejero. En el mes de junio, como candidato de dicho partido, es elegido diputado a Cortes por Pontevedra. Desde entonces, las actividades de Castelao ten-



Con su esposa, doña Virxinia, cuando se casaron.



José Monleón habla con la hermana de Castelao en la habitación alta donde existe el embrión de un pequeño museo. En el rincón, el busto de Castelao, y, al fondo, una de sus pocas pinturas.

drán una profunda significación y dedicación política, aunque éstas no le apartarán de su continuada labor de escritor y dibujante. En el 34, el Gobierno Lerroix lo destierra a Badajoz, mientras se hace una nueva edición de «Cosas» y publica «Los dos de siempre» y «Retrincos». En el 35, el Gobierno de Portela Valladares anula el destierro y Castelao puede volver a Pontevedra, donde, siempre como candidato del Partido Galleguista, es elegido nuevamente diputado en febrero del 36. En junio, un mes

antes de la guerra civil, contribuye eficazmente al plebiscito del Estatuto Gallego.

A partir del 36, la vida de Castelao, como la de tantos españoles, sufre una brusca sacudida. En su caso, seguirá dibujando y escribiendo, aunque ahora su obra tome el aire de un «arte de circunstancias», como lo han tomado las obritas de Max Aub o Rafael Alberti. También viaja por todo el mundo dando conferencias a favor de la causa republicana. Expone en Moscú, habla en Nueva

ANTOLOGIA DE CASTELAO

vivencia de siglos—, sino más bien posibilitar la reconstrucción de la gran unidad hispana o ibérica.

Con tal de que nuestras ansias federalistas se viesen cumplidas, Galicia cedería voluntariamente de sus derechos todo cuanto fuese indispensable para crear la soberanía del Estado Español...

Lengua

También se ha intentado llamarle «idioma español» a la lengua de Castilla. Y eso sí que no, tampoco. El castellano puede ser el idioma

oficial del Estado, pero no es más español que el catalán, el gallego y el vasco. Todas las lenguas que se hablan en España son igualmente españolas. Y proclamamos esta verdad en nombre de nuestro ideal hispánico. [...]

Un pueblo sometido a la lucha de dos idiomas acaba por no saber expresar lo que siente. Cuando a un pueblo que canta y habla en una lengua creada por su propio genio, se le impone la obligación de adoptar un idioma extraño a su personalidad afectiva, se produce un desvanecimiento del lenguaje que comienza

por la inhibición y termina por la impotencia.

Queda, pues, explicado ese misterioso silencio que Galicia —como Cataluña— guardó durante tres siglos. [...]

Un día retornó a nuestra tierra un mozo gallego que venía de Europa. Era un poeta de su tiempo, romántico, liberal. Quizá se llamase Nicomedes Pastor Díaz. Y de pronto descubrió en el habla labriega y marinera de su país un modo insuperable de expresión literaria. Aquel día se rompió el silencio de Galicia. Después nacieron Rosalía, Curros, Pondal...

II

Esta política de asimilación y hostilidad sólo ha consegui-

do en tanto este pobre triunfo: que los niños de las escuelas gallegas crean que hablar castellano es hablar bien, y que hablar gallego es hablar mal. Por esto y por lo otro, el galleguismo es sólo un caso de dignidad colectiva, que ha resonado en el pecho de los intelectuales que tienen corazón, en el de los que pretenden suprimir las miserias cotidianas del vivir labriego y marinero y en el de los que sueñan con llevar ideas y sentimientos nuevos a la corriente universal.

Nuestro idioma gallego debe merecer toda vuestra simpatía, porque es la lengua del trabajador, del obrero, del artesano, del labriego, del marinero; fue la lengua de va-

sallos y de magnates y sólo despreciada por esos señoritos cursis y desocupados de las capitales de provincias. [...]

Pero hay muchos que nos combaten por razones de patriotismo, y es preciso decirles que los galleguistas no queremos más que una cosa: que el gallego, si no en lo oficial, sea, por lo menos, tan español como el castellano. Y con esto ya queda dicho que no somos separatistas, porque si separatismo viene de separar, separatista será el que no quiere que el gallego sea también un idioma español. [...]

Nosotros aspiramos a que todos los gallegos sepan hablar perfectamente castellano, y sepan hablar perfecta-

York y La Habana. En los Estados Unidos dibuja estampas de negros que obtienen un gran éxito. Llega el 39: «la guerra ha terminado». Castelao embarca en Nueva York rumbo a Buenos Aires. El barco toca en Uruguay y la colonia gallega —la misma que contribuyó a levantar la estatua de Rosalía, alzada en la alameda de Padrón, con un pedestal de versos contra el dolor de la emigración— le ofrece un banquete. El 16 de julio llega a Buenos Aires, por segunda vez en su vida, casi medio siglo después de aquel viaje de infancia, cuando él y la madre se metieron en la Pampa para reagrupar la familia.

Desde el 40 al 50, diez años de



A bordo del «Argentina», que le llevó a Buenos Aires.

GALICIA

sarrollo es ilusorio. La causa inmediata es sin duda el éxodo; no sólo la emigración allende las fronteras españolas, sino el éxodo rural, que es un bache generalizado en la España de nuestros días. Pero en Galicia el éxodo ya es un fenómeno plurisecular; es una larga tradición arraigada en la historia de nuestras gentes, en su biografía colectiva, y que nada tiene que ver con ningún pretendido espíritu de «afalador» correccionistas ni con ninguna de las numerosas explicaciones pintorescas muy al uso hasta hace poco. Es una tradición de país empobrecido, una prueba del deterioro secular, de la economía y la sociedad gallegas, de la negación del pan y la sal impuesta por las circunstancias —perennes circunstancias— de las gentes inermes del país, a nuestros tenaces paisanos.

El éxodo gallego significa, de hecho, la negación constante del derecho más elemental de la persona: el derecho a la propia vida en el propio país. Un país, por añadidura, dotado de recursos potenciales nada desdeñables, en el que la agricultura estuvo de siempre estructuralmente orientada a producir los bienes finales de más elevada elasticidad-renta, a poco que hubiese un mercado suficiente; en el que las pesquerías disfrutaron de siempre de los mejores caladeros de bajura peninsulares y alcanzaron antes que ninguna otra colectividad pescadora española los radios de acción de gran altura —en cascarones de menos de cien toneladas, eso sí—, en el que las evidentes reservas minerales estuvieron de

siempre, y están todavía, por conocer con exactitud; en el que se instaló el primer alto horno de arrabio español; en el que la artesanía popular de los telares poseía una notoria densidad; en el que los vinos ribeiranos se exportaban regularmente a Inglaterra cuando los caldos portugueses carecían de mercados exteriores; en el que la energía hidroeléctrica no ha brillado precisamente por su ausencia, aunque no se haya advertido apenas por ningún lado un efecto propulsor de la industria regional (tal vez porque el precio de esta energía se ha regido por las TTU y es el mismo en Almería que a pie de salto en el Miño); en el que las reservas de maderas nobles, como el castaño, eran tan considerables que sobrevivían todavía a la tala suicida en la era de una repoblación forestal pública que todavía no se ha estrenado en esta especie, tal vez porque sobre ella no posee un monopolio de demanda como el de la factoría de celulosas sobre el pino común, tan rentable así a corto plazo, y así seguido.

La emigración gallega —ya lo escribí en otro lugar— constituye todavía hoy la manifestación masiva de una de las formas de esclavitud que aún perviven en nuestro siglo. También escribió Castelao que el gallego no pide nada: emigra. Pero cuando un pueblo reacciona así secularmente, ante un secular estado de cosas, algo hay en su entraña que está fatalmente dañado, irreparablemente roto. La «doma y castración» del clásico texto es, por desventura, un hecho ya antiguo.

Pero discúlpenme que insista: ha faltado y continúa faltando una conciencia social eficazmente actuante como anticipadora y estimuladora de un sistema económico alcanzable, de una formación social venidera. Y aquí entra en juego otra de las claves enumeradas al comienzo. Clave que, cuando la enuncio, suscita mayor començon que cualquiera otra en mi propia sociedad: el raquitismo burgués.

Y, sin embargo, para mí está relativamente claro. No ha faltado en Galicia una secuencia, casi ininterrumpida, de generaciones de intelectuales honestos que, por lo menos desde el siglo XVIII, han venido denunciando sin pausa —y sin éxito, también es bien cierto— la situación social del país, la condición de sus gentes trabajadoras y el desconcertante atraso de su economía. Desde los ilustrados del siglo XVIII, que en Galicia fueron grey excepcional e hicieron arraigar Sociedades Económicas de Amigos del País, tan esplendorosas y bullidoras como en pocas latitudes españolas más. Hasta los llamados galleguistas de antes y después de la guerra. E incluida Rosalía Castro, quien, aparte su reconocido genio poético, suele pasar ante la mayoría de los españoles por algo así como la *choromiqueira*, la llorona gallega de todos los tiempos —pero que en prólogo de sus «intimistas» Follas Novas denuncia «el eterno infortunio —traducimos— que aflige a nuestros aldeanos y marineros, única y verdadera gente de trabajo en nuestro país».

No ha faltado, pues, la denun-

mente el gallego; pero, ya que se habla de emigración, es preciso decir que los galleguistas aspiramos a una cosa: suprimir la necesidad de emigrar, porque, amigos y hermanos, Galicia debe ser algo más que un criadero de carne humana para la exportación, porque, después de todo, la riqueza de unos cuantos indios, más o menos filántropos, no puede compensarnos de la tuberculosis que debemos a la emigración...

Minifundio

El minifundismo de nuestra tierra responde al cultivo intensivo que impone la topografía del suelo. Gracias a este sistema, frenado por

nuestro derecho consuetudinario, la agricultura gallega ha sido el asombro de muchos viajeros europeos, pero la legislación liberal y generalizadora del Estado —dictada para otros lugares— provocó la pulverización de las herencias gallegas y el aniquilamiento de nuestra economía. El crimen puede imputarse al centralismo y a su Código Civil. ¿De qué nos ha valido hacer una revolución sangrienta para libertarnos del despotismo feudal? Porque si los labradores ya no son esclavos del hombre, son esclavos de la tierra que trabajan.

Parroquia, compañía familiar...

La casa campesina es la

sede de una institución de derecho consuetudinario llamada «compañía familiar gallega», no reconocida, claro está, por el Código Civil. Este núcleo social tiene raíces muy hondas en nuestro sentimiento, pero vive sin garantías legales. La familia labradora trabaja para que su hogar sea el centro de un pequeño mundo económico. El ideal campesino consiste en vivir en la abundancia y vender lo que sobra. Los gallegos aldeanos le quieren a la casa de los padres y se sienten orgullosos de no haber nacido en «pisos alquilados». Y si la necesidad nos echa por el mundo y llegamos a ricos, mandamos dinero para convertir la casucha natal en

«pazo» vanidoso. El gallego quiere una casa propia, independiente, con cuatro fachadas, asentada en un otero.

Las casas aldeanas, diseminadas, forman un grupo natural de pocos habitantes, llamado «lugar». Allí son vecinos de verdad: se prestan fuego, se ayudan, se aconsejan, se consuelan, gritan y riñen. En las cartas de los ausentes vienen siempre «memorias» para todos los vecinos del «lugar».

Los «lugares», diseminados, componen un agrupamiento que se llama «parroquia». Esta entidad es el antiguo clan de los celtas, anterior a la invasión de los romanos y más viejo que el cristianismo. Se llama «parroquia» o

«feligresía» porque la Iglesia ha procurado asentarse en realidades terrenas y el Estado anda por el cielo de las abstracciones.

Saudade

El signo diferencial de la psicología gallega está, principalmente, en la Saudade. Esta palabra es conocida de los españoles, pero solamente nosotros sabemos lo que significa. Este significado nadie ha acertado a expresarlo, ni Rosalía de Castro, que fue el cuerpo mismo de la Saudade. Pero la Saudade existe y anda siempre con nosotros.

(En el próximo número continuará otra antología literaria de Castelao.)

vida. Domicilio: Buenos Aires, salvo el paréntesis seudoparlamentario de los años 45-47. En el 45 participa en las Cortes Republicanas en el exilio que se celebran en Méjico. En el 46 es nombrado ministro del Gobierno en el exilio y se traslada a París, donde éste reside. En el 47, tras la crisis del equipo de Giral, Castelao vuelve definitivamente a Buenos Aires.

De la etapa argentina han surgido nuevos dibujos, nuevos textos y ese «Os vellos non deben de n'amorarse», cita obligada cada vez que se habla de teatro gallego.

go. A comienzos del 49, Castelao cae enfermo. La enfermedad y la publicación de su última obra, «Las cruces de piedra en Galicia», se llevarán el año. Muere, tras una operación —en la que interviene el doctor Sánchez Gulsande, ex decano de la Facultad de Medicina de Zaragoza—, el 7 de enero de 1950. La capilla ardiente se instala en el salón principal del Centro Gallego; tras cuarenta horas de velatorio, el ataúd se deposita en el gran Panteón del Centro Gallego, del cementerio del Oeste, de Buenos Aires.

CASTELAO



Aquí, en el panteón del Centro Gallego del cementerio de Chacarita, de Buenos Aires, reposan sus restos.

GALICIA

cia constante de las condiciones económicas y sociales del pueblo, expresada en obra literaria, ensayística, científica o política. Lo que ha faltado ha sido el trato social receptor del mensaje y actor del progreso. En la era de la burguesía, Galicia ha padecido una clase pequeño-burguesa, raquitica de dimensión y de aliento, y servil e insolidaria de actitud. **Raquitismo, servilismo, insolidaridad.** No se trata de buscar culpables, y mucho menos de convertir aquí a la burguesía gallega en «chivo expiatorio». En el devenir histórico las cosas son como son y no tienen vuelta, y en un análisis de hechos sociales sería pueril —además de reaccionario— erigirse en inquisidor. Pero son evidentes varias cosas. Una de ellas es —aunque no siempre se ponga de relieve como corresponde— que en la rebelión antifeudal de finales del siglo XV salió derrotada, a la par del campesinado, la burguesía naciente en las ciudades gallegas— y este es, con mucho, el aspecto de más graves consecuencias de aquella coyuntura en el ulterior devenir social del país. Otra de ellas consiste en que desde entonces la aristocracia gallega se convirtió de revoltosa y bárbara en cortésana y absentista, mientras la burguesía en ciernes buscaba su nuevo camino en un servil servicio del poder central a cambio de cativas prebendas caciquiles y así pudo escribir Vicente Risco, nada sospechoso de avanzado, que el proletariado gallego era explotado por una clase social casi tan misera y, desde luego, tan sierva como él mismo. También conviene anotar que las instituciones políticas y administrativas «marginaron» a Galicia, como acaba de escribir, en sugerente expresión, Paz Andrade —y cerraron los mejores caminos para la burguesía indígena. Y, en fin, desde el siglo XVIII, la enfermedad burguesa gallega comienza a nutrirse de gentes foráneas en proporción excesiva para su asimilación: en lugar de retornar a una solidaridad, siquiera cultural y ética, con el país, este proceso acuñó una insolidaridad definitiva e hiriente, al menos hasta nuestros días. Ya se sabe que una clase se define ante todo por sus intereses.

Pero en la burguesía gallega la conciencia de clase, si acaso llegó a tenerla en profundidad, fue miope, si no ciega, para sus verdaderos intereses potenciales.

Porque si presentase a esa burguesía como víctima de las instituciones centralistas, creo que incurriría en una deformación de las valoraciones razonables. Ninguna burguesía sólida y dinámica ha sido víctima de ningún poder político en la historia moderna de Europa, porque ha sabido hacerse con él —y la historia de España, salvadas todas las distancias, no es una excepción. Si al comienzo mismo de estas notas me refería a una «insolidaridad institucional», estará claro ahora que pensaba en las instituciones impuestas por el poder central de la monarquía absoluta, primero, y de la administración napoleónica, después, a la economía y la sociedad gallegas. Esto es innegable. Ahora bien, la víctima de este hecho histórico ha sido la economía y la sociedad gallegas en su conjunto, y por lo tanto, masivamente, en abrumadora mayoría, las gentes campesinas, primero, y el proletariado urbano también, después. Los demás han sido, antes de nada, los soportes locales de esas instituciones y de ese poder central. Cuando se habla, tan a la ligera, de que los campesinos gallegos son individualistas, hay que responder que individualistas lo son el Código Civil o el Código de Comercio, y así lo han hecho, expresa o tácitamente, los mejores estudiosos de las instituciones jurídicas vigentes en Galicia, las populares y las otras, desde Murguía hasta Sebastián Martínez-Risco. Y cualquier analista de los hechos sociales sabe distinguir cuáles son los estratos que se han beneficiado y cuáles los que se han visto perjudicados, en Galicia, con instituciones como esos dos Códigos peninsulares —bien respetables por lo demás— por sólo citar las menos insidiosas.

De este modo, creo, es como se entrelazan en el curso del tiempo esas claves sumariamente enunciadas al comienzo de estas notas, hasta formar la urdimbre en la que está bordada —siniestro bordado— la actual problemática socioeconómica más profunda de

Galicia. Lo demás no tiene gran cosa de genuino. No tiene gran cosa de genuino el modo en que la naciente sociedad industrial española fue tejiendo su red de succión de recursos líquidos a través de las instituciones financieras para alimentar focos de concentración industrial en otras latitudes. Las instituciones de la economía pública han hecho, y continúan haciendo —dicho sea con todos los respetos— algo muy semejante a su manera. Es un fenómeno bien tipificado en los clásicos contemporáneos de la dialéctica interregional del crecimiento económico, desde Myrdal, Hirschman o Perroux, hasta Furtado, Sunkel o Prebisch. Solamente cabría señalar, en esta síntesis de urgencia, que las condiciones del medio en el que han operado tales mecanismos con respecto a Galicia están más cerca de las subrayadas en los modelos de los últimos que de los primeros. Y que, además, en el drama socioeconómico gallego no han actuado potencias extranjeras, con lo que todo queda en familia, como en las tragedias griegas.

Pero no hay fatalidad definitiva cuando los hombres ejercen su condición de entes perfectibles. Tampoco esta diagnosis de la patología socioeconómica gallega pretende ser fatalista y corrosiva. Tan sólo encararse con la fosca realidad objetiva. Y conducir, si ello es posible, al lector hacia la convicción de que el problema socioeconómico de Galicia requiere un planteamiento bastante diferente y notablemente más radical que los de muchas de las restantes áreas humanas españolas.

Planificar en la óptica de nuestra dimensión colectiva. Pero planificar es actuar sobre lo conocido. Y no basta con que nosotros, los gallegos, nos conozcamos y hagamos autocrítica. Es preciso que los demás nos conozcan también, y se reconozcan en nuestro espejo, puesto que en nuestra realidad actual están también sus huellas, las de todos ellos de algún modo, desde el hombre de la corte de otrora hasta el inmigrante maragato, desde el financiero al hombre público de nuestra sazón. ■ J. M. B.

Coordinador de Estructura Económica de la Universidad gallega (Santiago de Compostela).

Comienzan a llegar los telegramas de todas las colonias gallegas de América y de los gallegos de Galicia. Desde Río de Janeiro dicen: «Interpreto sentimientos gallegos Río Janeiro sin distinción credos políticos enviamos conmovidas condolencias fallecimiento Castelao, pérdida irreparable Galicia, grande hijo». Desde la lejana Santiago de Compostela, su ciudad universitaria, llegan también explícitos mensajes, quizá más explícitos de lo que hubiera podido imaginarse en un principio. El arzobispo Quiroga Palacios dice a la viuda: «Al testimoniarle íntima condolencia por fallecimiento Castelao, ruego Altísimo concédale eterno descanso»; el rector de la Universidad: «Envío sentido pésame fallecimiento Insigne Castelao»; el Ayuntamiento: «Reunida Corporación Municipal, acordamos hacer constar sentimientos fallecimiento ilustre paisano Castelao, extensivo viuda».

Castelao ha muerto. Toca examinar, estudiar y recrear su obra. A ella dedicaremos un segundo y último reportaje, acompañado, como éste, de una breve antología. ■ J. M.



En el próximo número:
GALICIA Y CASTELAO

(y II)

SU OBRA